Esclavos de Las Vegas

La capital mundial del juego genera una casta de miles de trabajadores, destrozados por todo tipo de adicciones, que el narrador Timothy O'Grady retrata a través de los testimonios de sus hijos

-= Eugenio FUENTES

Se van a sorprender. Lo cual no es extraño al hablar de Las Vegas ya que, al fin y al cabo, la capital del condado de Clark lleva décadas vendiéndose a sí misma como la ciudad donde todo puede ocurrir. Sin embargo, esta sorpresa no suele figurar entre las más publicitadas. De los 40 millones de visitantes que cada año acuden a dejarse una media de 500 dólares –rebajen un diez por ciento y tendrán euros– en las salas de juego de Las Vegas, las tres cuartas partes, o sea 30 millones de personas, sólo aportan el 4% –sí, el 4%– de la recaudación. El resto de los ingresos –tengan en cuenta que en cada familia o pendilla llegada a un casino suele haber un 15% de mirones tacaños– procede de dos fuentes: los grandes apostantes, esos tipos que pueden derrochar miles de billetes en una mala noche, y los adictos que viven y trabajan en Las Vegas para jugar y perder en Las Vegas.

Son los residentes, una casta de esclavos que, estimulados por las promesas de buenos sueldos y vida fácil, acudieron a la ciudad en busca de "una segunda oportunidad" y se quedaron atrapados como pollillas en alguna de las luminarias que brillan por millones para informar al turista de que, por fin, ha llegado a la capital mundial del entretenimiento. O a "Sin City", la ciudad del pecado.

Las Vegas, delirio hortera cercado por un desierto que destila radioactividad tras años de ensayos nucleares en Nevada, no es excesivamente grande. Unos 350 kilómetros cuadrados en los que residen unas 650.000 personas, dos millones cuando se alude a todo el área metropolitana. Pero lleva más de un siglo intentando hacerlo todo a lo grande, empezando por los casi siete kilómetros de longitud de su avenida principal, el Strip. Aparte de una infinidad de centros comerciales y de todo tipo de locales de espectáculos, Las Vegas cuenta al menos 1.700 casas de juego –de las que unas 150 son esos deslumbrantes casinos temáticos que visitan los forasteros–, 6.000 mesas donde sentarse a jugar y unas 200.000 tragaperras a las que inyectar monedas en estado de trance. Súmense 150.000 habitaciones de hotel y, por supuesto, unas 500 capillas de todo pelaje en las que se celebran las 80.000 bodas anuales –antes eran más– que, con Elvis, zombis, gánsters, vampiros, gladiadores o guerreros galácticos como padrinos, han convertido el matrimonio exprés en el otro gran reclamo de la ciudad.

Las cifras derivadas de este negocio, a cuyo frente figuran nombres míticos como el "Caesar's Palace" o el "Mirage", tienen sin duda corrientes subterráneas, pero las cuentas oficiales aseguran que en 2017 los jugadores se dejaron allí 11.500 millones de dólares, de ellos 7.500 en máquinas tragaperras. Y puestos a contar por miles, también hay en Las Vegas 30.000 prostitutas y 40.000 personas sin techo, casi todas adictas a sustancias tóxicas y al juego. Un millar de ellas sobrevive en los tres mil túneles de cloaca que horadan las profundidades del valle.

En suma, Las Vegas es "la más grande, la mejor, la más atractiva". Así la definió en 2005, con motivo del primer centenario de su fundación, su alcalde, Oscar Goodman, responsable de una tarta de cumpleaños elaborada con 130.000 huevos, 36.000 tazas de azúcar y 11.000 kilos de harina. Un gigantesco pastel para un gigantesco negocio que, como todos, tiene su clave particular: "Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas". Una promesa que, para los lerdos, explican en detalle los carteles próximos a su aeropuerto: "Sé malo, te encantará y nadie te criticará". O un reclamo que, hace algunos años, gritaba desde el metro de Londres: "Reserve unas vacaciones que no contará en casa".

El novelista Timothy O'Grady llegó a Las Vegas en torno al año 2000 y se quedó dos años, el primero como investigador universitario y el segundo como profesor. Según explica en las primeras páginas de "Hijos de Las Vegas" (Pepitas de Calabaza, 168 páginas, 18,80 euros), había dado clases en Inglaterra, Polonia y la costa Oeste de EE UU, pero nunca se había encontrado alumnos como los 26 que le tocaron en suerte en la ciudad del juego. Todos menos uno trabajaban a tiempo completo, sobre todo en casinos, y a menudo hacían turnos dobles los fines de semana. Una de ellas era "stripper" y faltaba al aula cuando tenía sesión. Aunque vivían con sus padres, todos estaban emancipados económicamente y, sin embargo, se esforzaban hasta la extenuación para trabajar y a la vez sacar adelante unos estudios de considerable carga lectiva. Pero hubo un día en el que ninguno de ellos se había leído el texto con el que iban a trabajar la clase. ¿La causa? No tenían dinero y el relato no estaba colgado en internet.

"Nos registran los bolsillos de los pantalones para quitarnos el dinero", le explicó una alumna. "Creí que había oído mal", escribe O'Grady, "y le pedí que repitiera lo que había dicho.

–Todavía están borrachos cuando se despiertan –confesó otra–. Tengo que llevarlos al trabajo y después dar de comer a mis hermanos y llevarlos al colegio.

–Mi madre le robó el dinero de la boda a mi hermana– denunció alguien en la primera fila."

O'Grady decidió dejarles hablar durante la hora y cuarto que duraba la clase. "Contaron que perdían las casas continuamente, que se habían criado solos, que sus padres se apropiaban de su identidad para cometer fraudes con tarjetas de crédito. Hablaron de sobredosis, de tiroteos en el desierto, de suicidios. Jamás había oído nada igual en un aula". O'Grady se dio cuenta de que había entrado en contacto con una cara de Las Vegas, sus residentes, que nunca había sido narrada. La desenfoca la sucesión de imágenes de una ciudad espectáculo que pretende reinventarse continuamente para seguir siendo un polo mundial de atracción. "Esa extraña ciudad, que es una celebridad en sí misma, les había afectado toda la vida. La veían de una forma en la que no podían hacerlo los adultos, los visitantes ni, por supuesto, los escritores".

De modo que, en la siguiente clase, y aun temiéndose un rechazo, preguntó a algunos de los alumnos si querrían ser entrevistados y fotografiados para un trabajo periodístico sobre la ciudad. Y consiguió el asentimiento de los diez que, con fotografías de Steve Pyke ("New Yorker", "The Face", "New Musical Express"), dan cuerpo a "Hijos de Las Vegas". "Todos habían crecido en Las Vegas. Las suyas no son historias únicas: lo que les pasó a ellos no es sólo que pase en toda la ciudad, tal y como me contaron, sino que pasa debido a la propia ciudad", escribe O'Grady.

Las historias hay que leerlas, no las vamos a destripar aquí. Pero entre testimonio y testimonio, el autor de "Sabía leer el cielo" (Pepitas de Calabaza) –la magnífica obra, también con fotos de Pyke, sobre la emigración irlandesa a Inglaterra en la segunda mitad del XX– desliza una serie de reflexiones sobre Las Vegas y sus gentes que ayudan a entender las circunstancias vitales de esos diez alumnos de O'Grady.

En Las Vegas se podían ganar –al parecer ya no tanto– 70.000 dólares anuales agarrando cochos o repartiendo cartas en una mesa de casino. Eso impulsó a miles de personas a dejar el parque de caravanas en el que sobrevivían e instalarse en una vivienda de clase media. Fue una migración comparable a las fiebres petroleras, a las fiebres del oro, a la búsqueda de los paraísos frutícolas californianos. Dinero fácil en trabajos de poca cualificación. Pero Las Vegas devora a los ilusos que se le aproximan. Igual que se bebe todo el agua de Nevada y contamina su aire con las emisiones de la central térmica que alimenta las luminarias del Strip. "La mayoría de la gente que acaba aquí es gilipollas", afirma Louis Harper, uno de los hijos de Las Vegas, al recordar cómo la ciudad destruyó a su familia. "Piensan: soy genial. Voy a conquistar este sitio. Y pierden y pierden. (...) Puedes estar en la ciudad cinco años y no darte cuenta de que se está bebiendo tu vida. Puedes beberte rápidamente, pero si tienes una adicción, latente o no, Las Vegas la encontrará y te devorará". Fue lo que le pasó a su padre, un bombero de Luisiana que quiso progresar: "Esta ciudad lo hundió. La gente no paraba de ofrecerle drogas". Después cayeron su madre y sus hermanos.

> "Contaron que perdían las casas, que se habían criado solos, que sus padres se apropiaban de su identidad para cometer fraudes con tarjetas de crédito. Hablaron de sobredosis, de tiroteos en el desierto, de suicidios. Jamás había oído nada igual en un aula

LOS PROTAGONISTAS. Arriba, de izquierda a derecha, nueve de los diez protagonistas de "Hijos de Las Vegas": Alesha Beauchamp, Christopher Earl, Kaitlin Reeves, Kenneth Patrick, Louis Harper, Giovanna Sardelli, Shelby Sullivan, Nevada Stupak y Cindi Robinson. | STEVE PYKE

No es extraño, pues, que Las Vegas sea líder en EE UU en suicidios, drogadicción juvenil, detenciones por conducción en estado de embriaguez, insolvencia familiar, divorcio, abandono escolar. La sangre que nutre al vampiro no son esos jugadores de paso sobre los que los gerentes dicen: "Si esa gente no pierde sus coches y sus casas, no estamos haciendo bien nuestro trabajo".

No. Como explica O'Grady, "lo que sucede en Las Vegas afecta sobre todo a los que se encuentran en el estrato más bajo, los residentes. Un secreto que la ciudad se empeña en negar". No hay que preguntarse por qué. Las Vegas es un parque temático que vende fantasía, exceso y secreto. Una especie de infancia perversa sin control parental. Mientras dure el dinero. Un paréntesis con resaca, triste como todas, porque, escribe Nietzsche y recuerda O'Grady, "la madre del exceso no es la alegría, sino la falta de alegría". Así que es más que probable que Tom Waits no tuviera su peor día cuando exclamó: "Odio Disneylandia. Prepara a los niños para Las Vegas". Seguro que los hijos de Las Vegas, que estudian para marcharse lejos del parque temático, también odian Disneylandia.